

11

EL DÍA DEL LAGAR



Los pisadores de uvas

I

No con entera sencillez me atrevo
á celebrar las cosas que me cercan:
por vez primera, el Universo esquivo
su boca negra ha abierto, pronunciando
misterios sin respuesta.—

¿A dónde, frutos

de la vendimia exuberante, á dónde,
 riqueza de las viñas y tesoro
 de las torcidas cepas, vuestras glorias
 van á parar?—Con avaricia dura,
 os arrojaron de los grandes cestos
 y como ofrendas ante un Dios, caisteis
 en las entrañas del lagar; privados
 del manto de las hojas, con tristezas
 de vírgenes que van al sacrificio,
 perdido el brillo de la piel, abiertos
 al duro golpe los nutridos senos,
 próximos á morir!

En vano, en vano
 la plenitud de vuestro sér quisisteis
 atestiguar sobre las viñas: nada
 se termina en el tiempo: vuestras túnicas
 van á ser destruídas; vuestros cuerpos
 van á ser despojados de su carne
 y vuestra sangre correrá á torrentes

por bajo de vosotros: ¡Hijos míos!
 ¡Padres, hermanos, carne de mi carne!
 ¡Resignaos! Cumplid con vuestra vida,
 entrando sin protestas en la muerte
 que necesita de vosotros! ¡Gloria!
 ¡Completad vuestro cálculo! ¡Entregaos
 á todas las hogueras—á las rojas
 que hacen vivir, á las de negras llamas
 que dan eternidad!!

II

Cantan los hombres:

«¡Salta, mujer, sobre la uvada inmensa
 »y, al golpe desigual de tus piés blancos,
 »la profusión de los racimos prensa
 »y el mosto hierva al salpicar tus flancos!

»¡Hinca las manos en mis hombros altos,
 »tú, que tienes el sol en las mejillas
 »y junta á mis rodillas tus rodillas
 »en el gran abandono de los saltos!

»Nos ha unido la acción!—Nunca he sentido
 »tan juntos, amor mío, nuestros lechos,
 »como ahora, en que escucho el blando ruido
 »que producen, moviéndose, tus pechos!

»¡Salta, mujer!—Vivamos! Trabajemos!
 »¡Hagamos nuestros hijos, niña amada!
 »¡Salta! que en nuestras obras dejaremos
 »nuestra inmensa pasión eternizada!»

III

¡Saltad, saltad sobre la fruta nueva!
 Yo os cantaré; la voz de mi garganta

se mojará en la sangre de mis venas
 para tomar vuestro color!

De todo

veo brotar, como del grano hinchado
 que pisan vuestros piés, un jugo ardiente
 que conforta el espíritu.

¡Exprimamos,

pisemos, compañeros, los racimos
 y las desnudas piernas sepultemos
 en el baño caliente de los mostos!

La vida es cepa ubérrima: á ninguno
 su exquisito licor será negado
 cuando á exprimirla acuda, con la boca
 consumida de sed: ¡Salta y cimbréate
 y oréate, mortal, y abre los brazos
 sobre el despojo ardiente de la vida!
 ¡Cae sobre los racimos de las penas
 y sobre el moscatel de la alegría
 con todo el cuerpo rígido—las manos

posa sobre los hombros de tu hermana
 y sonrío mirándola y no cejes
 en la eterna labor: pisa las uvas
 y sorbe, con los labios nunca hastiados,
 el licor que rebosa, como sangre,
 de entre los granos huérfanos: en tanto,
 rígido sobre ti, dueño implacable,
 el sol vendimia en tus calientes venas
 y el vapor de tu sangre pone roja
 la espalda de las nubes!



Canción del Sol

—Y el Sol canta

De las anunciaciones de Levante
 al sacrificio oscuro de Poniente;
 del rosa al negro; del amor al odio;
 de la vida á la muerte
 voy caminando... Lo recorro todo
 llenándolo de luz; no me es posible

tropezar con la noche; allá, en el fondo
 de las enormes aguas, donde cuenta
 que babea los monstruos y se pudren
 los despojos enormes de la lucha,
 duerme su enigma la absoluta Noche.
 ¡Duérmalo en paz! Yo voy del rosa al negro,
 del bien al mal, del mar á la montaña,
 encendiéndolo todo: al paso mío
 todas las criaturas se sonríen
 olvidando sus penas; he llegado
 al lecho del enfermo y el enfermo
 se ha incorporado, en medio de mis rayos,
 para gozar de mí: gusto de haceros
 el don gratuito de mi luz;

al hombre

que ha cerrado los ojos y ha querido
 penetrar en sí mismo y, con las manos
 aguantando su frente miserable,
 se ha perdido en la noche; le protejo

con mis caricias repetidas; salto
 sobre su carne joven; hiervo encima
 de su cabeza alucinada; punzo
 con mis dardos de luz su piel anémica
 y canto en sus oídos mis canciones
 de triunfo y de victoria y de esperanza!
 No blasfeméis de mí! Todas las cosas,
 todas las criaturas me rodean
 como un rebaño mío; las contemplo
 solazándome en ellas; encantado
 de verlas tan hermosas; las dulzuras
 de mi interior dominio doy al viento
 en cascadas de luz, como en canciones
 da el pastor á los aires su alegría
 en el silencio de la tarde.—

En vano

riñen las cabras jóvenes, uniendo
 con una rabia loca las cabezas
 de donde brotan los agudos cuernos

como ideas ridículas; en vano
 los chivos son sensuales y sus ojos
 fluyen bestialidad; en vano chillan
 los cabritillos jóvenes, dejando
 su piel en los zarzales.

No conmueven

sus altercados al pastor; no llora
 sus dolores de pobres bestezuelas,
 sus partecitas de dolor.—En marcha!
 El tiene su cayado y con la punta
 esparcirá las zarzas del camino;
 él soplará en las cañas y su amada
 temblará á su canción; él no disputa
 con sus propios hermanos, porque mueve
 la vigorosa planta y vuelve el rostro
 y fuera de la hacienda de su hermano
 ve inagotable hacienda sobre el mundo!
 ¡No hagáis escarnio del pastor, rebaños!
 ¡No blasfeméis del Sol!

Yo me he tendido

sobre las rocas negras que vosotros
 llamáis dolor y sobre el fresco lecho
 de vuestras alegrías—y unos mismos
 han sido mis esfuerzos y una misma
 la bondad de mi luz; porque mi fuerza
 arranca de mí mismo y no demando
 la fuerza que no tienen á las cosas.
 Digo: ¡dadme perfume, pensativas
 y religiosas violetas! ¡Dadme
 color y luz y líneas, arrogantes
 camelias encarnadas! ¡Dadme lágrimas,
 grutas de estalactitas! ¡Dadme risas,
 bocas de las mujeres! ¡Dadme todo
 lo que tenéis en vuestro ser! Es fuerza
 que hagáis ruido de música en el amplio
 concierto de los mundos: yo os animo,
 yo os aplaudo y me gozo en vuestras notas.
 Yo hago también mi música: la mía,

la que nace de mí; no la que tiene
por alma vuestros goces, ni el mezquino
vaho de vuestras penas: yo me muevo
sobre vuestras cabezas; yo comprendo
las bellezas de todo!

En mis entrañas
hay solamente luz, ¿comprendéis, hijos
de un dudoso crepúsculo? Mis cantos
son iguales á mí—ni me es posible
ver los efectos de mi luz; tan sólo
me complazco en arder y en que recojan
las criaturas mi entusiasmo.

Os ruego
que abráis á mi caricia las ventanas
de vuestras casas solitarias: hablo
de una vida sincera, en que dejemos
de vendimiar para beber. Yo os digo:
haced las cosas de hoy como si nunca
hubiesen de existir las de mañana;

entregaos al día y á la obra
del día y del minuto y del segundo;
vivid toda la vida en todo tiempo
con plenitud de dioses!

Yo recorro
con una misma fe toda la esfera
y de las alegrías de la aurora
á las hondas tristezas del crepúsculo
paso sin alterarme!





Mediodía

Y prosiguen sudando y consumiendo
todas sus pobres fuerzas, los que pisan,
sobre la uvada, que decrece. Inmóvil
llueve su luz el sol sobre los campos
y se abre el mediodía entre los montes
como una afirmación!

Todo parece
más pequeño que el hombre: es el momento

de las vacilaciones: los rebaños
 huyen del sol que les abruma; hierven
 los átomos anónimos debajo
 de los pequeños musgos y en el tronco
 de los gigantes árboles, haciendo
 un murmullo de ejército que avanza:
 sentimos hondamente, en el cansancio
 de aquella eterna luz que nos anula,
 la gran proximidad de los que vienen
 siguiendo nuestros pasos: nos flaquean
 las indóciles piernas; abdicamos
 de nuestra voluntad; nos hundiríamos
 gustosamente en medio de las horas
 dejando que el torrente de los siglos
 pasara por encima de nosotros!
 ¡Ah, demasiada luz! ¡Ah, mediodía
 que es forzoso admitir! ¡Intolerable
 presencia de las cosas absolutas
 delante de los ojos!

Lento, débil,
 como una voz de niña, cruza el aire
 todo lleno de luz, el insistente
 zumbar de las Abejas.

Hace tiempo
 que la pequeña vocecita andaba
 golpeando tenaz en nuestro oído
 y en nuestra voluntad, como hocecilla
 de muchacha del campo que taladra
 la robusta corteza de una encina.
 Sobre las uvas destrozadas, hierven
 los insectos menudos: se pasean
 por la pompa caída, humedeciendo
 el aguijón escéptico en las dulces
 heridas de las víctimas, las alas
 moviendo bajo el sol ufanamente
 y dilatando sobre el mosto oscuro
 los vientres insensibles y la espalda
 sucitamente velluda.

Los trabajos
 tienen que interrumpirse y en la calma
 de la infinita luz, mientras se escurren
 de los crujidos granos las postreras
 gotitas de licor y, en el silencio,
 musgos y chorros de agua y tierra y nidos
 siguen haciendo vida, las Abejas,
 satisfechas de sí, zumban y charlan
 y se proclaman grandes—porque ignoran
 que aquel montón de cosas que les cerca
 hace también su miel calladamente!



La impertinente

canción de las Abejas

OH mezquindad de las cosas!
 ¡Oh vanidad de las rosas!
 ¡Mundo infiel!
 La tierra ¿en qué pararía?
 sin la exquisita ambrosía
 de nuestra miel?

Somos las doctas abejas,
 las eruditas, las viejas:
 el doncel
 que canta y huele las rosas,
 ¿cuándo extraerá de las cosas
 nuestra miel?

Sabemos por qué vivimos,
 por qué el jazmín requerimos
 ó el clavel;
 cuando el amor nos agrupa,
 tan sólo nos preocupa
 nuestra miel.

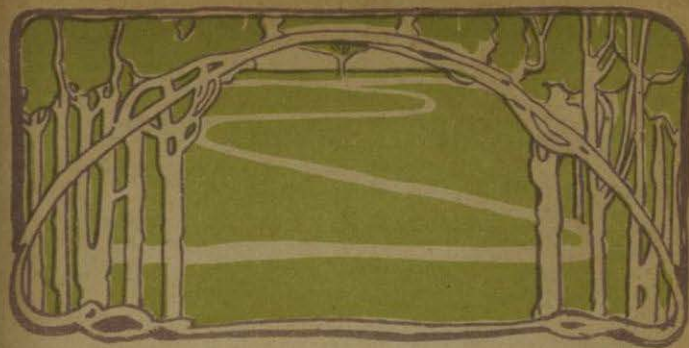
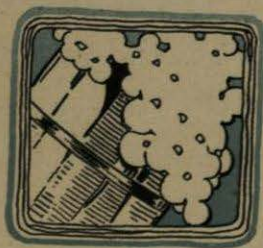
¡Oh, la sublime receta!
 A su doctrina secreta
 siempre fiel,
 la abeja en todas las flores
 halla los mismos colores
 si hacen miel.

Entre nosotras no es dado
 mejorar; ser atrasado,
 ó ser novel,
 no vivimos ni cambiamos;
 solamente procuramos
 hacer miel!

Ve el mundo nuestra doctrina
 y ordena, estudia y combina
 lo que hay en él:
 contemplamos la existencia,
 sacando una consecuencia:
 nuestra miel.

Gozar?—Nos parece poco.
 ¡Beba el Dios pagano y loco
 su hidromiel!
 Nosotras no cantaremos
 si, entre tanto, no podemos
 hacer miel.

¡Oh miel, término, riqueza!
 ¡Oh, de toda la belleza
 justo fiel!
 ¡Oh, fruto siempre en sazón!
 ¡Oh, miel, realización!
 ¡¡Santa miel!!



Los niños

SE interrumpe el cantar de las Abejas,
 cuando llegan los niños: han cruzado
 sin contar las pisadas, el camino
 y llegan al lagar, cuando los hombres
 descansan, con la cara entre los brazos,
 de la mañana fatigosa.

Bullen
 con los ojos alegres, las mujeres,

y los brazos desnudos, disponiendo
 los dorados rosarios de las uvas
 que han de colgarse en la azulada alcoba
 brillante de limpieza, donde un día,
 por la primera vez, floreció, en medio
 de las lavadas ropas y del rojo
 damasco de las colchas, la triunfante
 desnudez juvenil de la Hortelana.

—Fué, sobre todo, como flor que brota
 de entre el desorden de las hojas verdes,
 cuando, caído el juboncillo oscuro,
 sus dos brazos hermosos se juntaron
 para esconder en las mejillas frescas
 la aurora del rubor.—

Los niños sienten
 que la sangre les canta en las entrañas
 y, espantando á las tímidas Abejas,
 se arrojan al Lagar, saltando, llenos

del deseo de darse... Y se desnudan
 los cuerpecitos blancos y no temen
 que los envuelva el sol; ni que las flores
 estallen á dos pasos—se dirían
 nuevas frutas en medio de las uvas,
 rosas abiertas en mitad del mosto.
 ¡Niñas y niños, flores, esperanza!
 Levadura del pan para mañana,
 puesta junto á los hornos del presente
 por una mano pródiga! Promesas!
 Agua de río que corriendo besa
 la cerrada casita de los viejos
 y se pierde hervoroso entre los verdes
 árboles del camino!

Permitidme
 que mis mejores flores y el rocío
 que ha dejado la aurora entre las yemas
 de mis ramas altísimas y el musgo
 y las doradas yemas y las ramas

y todo yo me arroje en vuestros brazos
y sea como resto de tormentas
que arrastren vuestras olas adelante!

Me parecéis hogueras, donde deben
purificarse los deseos: quiero
sembrar mis pensamientos en vosotros
como en pradera que, recientemente,
despojó de raíces el arado;
á vosotros me vuelvo. ¡Niños, Niñas!
¡flores rojizas, flores blancas! Amo
vuestras afirmaciones! Dadme fuerzas
para creer en mí, como vosotros,
y para entrar en la existencia oscura
defendiendo mi cuerpo de las cosas
con espadas de caña. ¡Niños, Niñas!
voluntades incólumes, humildes
plantas que germináis á flor de tierra,
escuchando sus ruidos; buscadores

de todos los placeres y de todos
los nidos en los árboles: amantes
de todo lo que vive, luminosas
caras de risa en medio de los muertos,
enemigos de nadie, amigos sólo
de vuestro propio sér, sueltos, libérrimos,
encantadores niños! Yo os abrazo,
hermanos míos, y me siento lleno
de un misterio de aurora; lleváis soles
dentro de vuestros pechos, hijos míos!

¡Bienvenidos seáis! Cruzad la tierra
sin responder á nadie y dando á todos
lo que os exige el corazón!

¡En marcha,
soldadillos menudos, protegidos
por vuestra propia carne y con corazas
de hojas de flores en los pechos vírgenes!



Egloga

I



on las dos manos puestas en el suelo
para apoyarme,
sorbía el mosto recién hecho, rojo
como la sangre.

Lo bebía riendo—y me reía
con tal exceso,

que el licor no tragado me corría
por todo el cuello.

Los chiquillos desnudos se tendían
sobre las uvas,
y jugando traviosos, me arrojaban
granos y vino en placentera lluvia.

II

Una muchacha entre ellos advirtieron
mis ojos torpes,
una niñita que reinaba en todos
dándoles golpes.

Toda ella era una risa!—Arrodillada,
sus manecitas
colocadas en medio de los muslos
una flor en la nieve parecían.

La piel resplandecía en sus rodillas
graciosamente,
y, al descansar sobre sus piés, le hacía
en la cintura un delicioso pliegue.

Y los brazos delgados, como junco
de los jardines,
y la dorada cabellera intonsa
y el pecho virgen,

y el gotear del mosto por la nieve
de sus espaldas,
—¡promesa de vendimias!—Todo en ella
iba ordenado á deleitar con gracia.

III

Aquel jugar de niños por la tarde
gustó á los buenos

corazones sencillos, que los campos
á su piadosa semejanza hicieron.

Y vinieron, dejando sus faenas
viejos y mozos,
á contemplar los juegos de los niños
sobre los mostos.

Vinieron los de labios abultados
y frente estrecha;
trabajadores incansables; fieles
siempre á la tierra.

Vinieron los malignos; los de ojillos
vivos, picantes;
buscadores de nidos, cazadores
de liebres ágiles.

Y los imberbes de miradas hondas
y ojos azules;

guardadores de ovejas, avezados
al soñar solitario de las cumbres.

Y los que venden fruta, decididos,
enamorados;
acostumbrados al hablar de amores
con las que van compuestas al mercado.

Y los de barbas ralas; secos, duros,
la vista vaga,
místicos de los campos, que en el pecho
llevan la luz de una leyenda trágica.

Todos á ver los juegos de los Niños
y su agradable desnudez vinieron;
y todos se reían—y estos últimos
parecían inquietos.





Alma mater!

Los últimos instantes de aquel día
se hicieron grandes, adquiriendo fuerza
y eternidad en las gigantes cosas
que los iban llenando: fué el poema
de una humanización gloriosa: hacíanse
cada vez más sensibles las montañas
orillas de los campos, y pesaban
con doble gravedad sobre sus crestas

las abultadas nubes, cuyos flancos
 enrojecía el Sol, hundido en ellas;
 cabeceaban las enormes selvas
 comenzando á dormirse; las bandadas
 de pájaros viajeros se volvían
 á los nidos calientes y debajo
 de las antiguas parras—como abierto
 corazón de una víctima grandiosa
 y como las entrañas de una madre
 que acaba de triunfar—se parecía
 rico de plenitud, rojo de mostos,
 sangriento de abundancias, el enorme
 lagar, henchido del botín reciente
 y oliendo á vino joven: los muchachos
 lo bendecían con sonrisas frescas,
 de ingenua admiración por su abundancia;
 las mujeres sentían la caricia
 de su grato calor sobre los pómulos
 y dilataban las narices trémulas

para beber su aroma y repartirse
 la sugestión del vino por la sangre;
 los hombres, desde lejos, fatigados
 de la larga labor, lo contemplaban
 con estupefacción, acaso inciertos
 del término propuesto, á cuyo logro
 consumieron sus fuerzas y privaron
 de su belleza espléndida á las viñas;
 más lejos todavía, en el establo,
 donde entre el heno fresco sepultaban
 sus jadeantes belfos los dos potros,
 los dos bueyes inmóviles hacían
 rumor de vida que descansa, y sólo
 los estúpidos cerdos, parecían
 ajenos al poema de las cosas,
 faltos de admiración, inharmoniosos
 de actitud y mascando el escobajo
 con estéril codicia.—

Todo estaba

á punto de lograrse: eran tus horas
y tu labor y tu oficiar solemne
y tu meditación, Materia incólume!
Estaban arrojadas las semillas
en los eternos surcos y se había
golpeado en la roca del presente
para activar el paso de las aguas!

Hombres y cosas, árboles y frutas,
nubes y pensamientos y esperanzas
dependían de tí, Madre de todos,
y sonreían, rojos del ocaso,
tus labios gigantescos.

A tí, gloria!

Bendiciones á tí, materia, madre
de lo infinito inmaterial! Tus olas
constantemente sólidas, escupen
vaho de eternidad á los espacios;
entre tus brazos, sin cesar, descansan

nidos que se repueblan; tu cabeza
perpetuamente activa hace ruído,
de pensamientos que se forman; dictas
lo que ha de ser!

El rojo sol que dora
tus montañas enormes y los ríos
de tus montañas y la blanca arena
de tus ríos, te obliga instantemente
á proyectar sobre el espacio libre
el Porvenir, tu sombra misma.—

Madre!

Nada en ti es despreciable: todo tiene
deseos que cumplir; semillas sueltas
que arrojar á los aires; oraciones
que pronunciar, pasando, evocadoras
de los grandes milagros venideros.

¡Abacémonos todos, desatemos
la religiosa admiración, hermanos,